

EL GIGANTE DE SANTO DOMINGO Y EL AYUNTAMIENTO DE LEÓN

El Aullido. Diario de León. 10-XII-2005

Luis Artigue

Los niños trepan al árbol desde el tronco hasta la copa, pero el artista sube por el interior como la sabia. Se me ocurrió esta imagen el sábado mientras tomaba café en “Las Cortes” con el escultor leonés Amancio González. ¡Qué agradable es escuchar a alguien que sabe tanto, el sentido del humor como la inteligencia sintonizan el cuerpo con el alma!

Al calor de la amistad y la tertulia, tras un breve intercambio de opiniones y de pensamientos, él me contó una historia titulada *El Gigante de Santo Domingo*. Sí, es la historia de su imponente escultura acostada en la acera frente a la Librería Pastor como sí de una playa de hormigón se tratara. Y, mientras me hablaba, las palabras iban modelando otra vez esa obra, continuaban ajustando volúmenes y descubriendo enigmas, revelando un sentido que yo no había captado y hoy quisiera compartir con ustedes.

Y es que, siempre que pasaba frente a esa escultura, ante esa exaltación de vigor y desmesura reposada, pensaba en Guilliver: el gigante entre los enanos. Pero Amancio me contó que en su pueblo, cuando era niño, había un negrillo enorme carcomido por dentro en el que jugaba con sus compañeros de infancia, y al que trepaban por el interior. Juguete natural, espectador pasivo del crecimiento humano, torre viva o pasado rescatado de la ruina, aquel negrillo se convirtió en un símbolo, en ese paraíso perdido del que hablaba Milton refiriéndose también a la infancia.

En primavera, aunque el negrillo estaba más que seco, brotaban desde el suelo ciertos chupones verdes, casi vida después de la muerte, sol que sigue a la tormenta eléctrica. Ese gigante, esa escultura nace como un eterno recuerdo emocionado a aquel negrillo, a aquella infancia. Una de sus manos está por eso colocada para que jueguen los niños y la otra, enormes dedos, rememora a los chupones que brotan cada primavera como una nueva esperanza. Cinco dedos que se alzan certificando que siempre existe, mientras haya vida, la posibilidad de resucitar, de rebrotar.

La escultura, como un idioma interior, emocional, universal. Como alguien que nos habla sobre nosotros mismos con voz de todas partes. La canción de las cosas. Poemas en piedra. No sé por qué no me sorprendió saber que el Ayuntamiento de León no pagó nada al escultor por esa obra. De hecho esa escultura fue un regalo que el artista quiso hacer a la ciudad, y sin embargo nuestro Ayuntamiento como rechazándolo está dejando que se descascarille, pudra y muera esa metáfora de piedra que pide a gritos ser pasada a bronce. Asombra eso de que nunca encuentren dinero nuestros responsables municipales para acometer ese proyecto urgente, pero bochornosamente sí son capaces de dar una millonada por Las Moscas de Eduardo Arroyo –menudo agravio comparativo-.

Oh, me fascinó mucho la conversación con Amancio, y me apenó profundamente saber que el artista, harto de la desidia municipal, quiera llevarse de León el Gigante de Santo Domingo.

He vuelto después a ver esa enorme metáfora, después de nuestro encuentro ritual, y ya no pensaba al verla en Guilliver, sino en mi propia infancia y en Antonio Machado cuando su esposa Leonor estaba ya despidiéndose de la vida en el Sanatorio del Alto Guadarrama. El poeta caminaba entonces por Soria y vio otro negrillo –Machado lo llama olmo- también seco y de cuyo interior brotaban igualmente algunos chupones verdes. Pensando en Leonor y en su posibilidad de rebrotar escribió en carne viva un poema voltaico que acaba diciendo: “...olmo, quiero anotar en mi cartera/ la gracia de tu rama verdecida./ Mi corazón espera/ también hacia la luz y hacia la vida,/ otro milagro de la primavera”.

Estimado artista, gurú, guía, gigante entre mil enanos o lo que sea que seas: ya que a quien le correspondía no lo hizo, yo quisiera hoy pagarte con la corona de laurel que supone decirte, en nombre del niño que fui, gracias.